



Adolescencia ayer-hoy

Esperanza Abadjieff

Se escucha decir.... Cuando yo era adolescente.... Y allí comienza la crítica, o mejor dicho los comentarios negativos acerca de los jóvenes de hoy. Si fuesen críticas, separaríamos los aspectos negativos y positivos que tiene las conductas juveniles. Por eso se torna necesario que destaquemos sus aspectos positivos: los jóvenes que estudian, que trabajan, que colaboran en la casa, que respetan las normas en la escuela, en la casa y en la calle. Aquellos que se han propuesto superar sus dificultades económicas, sociales o físicas para hacer proyectos personales o comunitarios.

Deberíamos preguntarnos qué hacemos los adultos para que los aspectos negativos que nuestra sociedad presenta, no sean un obstáculo, qué hacemos para que los jóvenes desplieguen sus posibilidades de realización personal y comunitaria. Digo comunitaria porque somos testigos cómo muchos de ellos destruyen, alteran y perturban al medio ambiente y a la comunidad. Pero, reflexionemos: algunos jóvenes fuman desde muy temprana edad porque los adultos de su entorno se los permiten (¿por culpa tal vez de su propio vicio o adicción?). Resuelven sus conflictos con violencia porque así les “enseñan” las telenovelas, y los ejemplos de delitos y su variedad de formas con que se “informa” a la sociedad ya sea por televisión o en diarios. No estudian o no leen por los padres o porque los docentes no los alientan, ni les proponen situaciones que despierten su curiosidad para internarse en la aventura de la fantasía, la ciencia o el arte. No se ordenan porque en nuestra sociedad no hay orden, ni pautas que se cumplan con honestidad y justicia.

Es necesario que tomemos conciencia que somos los adultos los que tenemos que conducir el proceso del desarrollo del joven, y que somos en parte responsables de lo que ocurre.

Lo que llamamos libertad es una elección meditada y razonada para establecer un proyecto de vida, y no, hacer “lo que se le viene en ganas”. Nuestra cultura pasó de una sociedad hiper organizada y estricta a una sociedad sin reglas, a una actitud de libertinaje (hacer cualquier cosa sin tener en cuenta al otro), egocéntrica (solo importa yo), consumista (la felicidad la otorgan las cosas) y la ruptura de lazos afectivos y familiares que traen esta consecuencia de juventud “perdida” en el sentido de no saber dónde, cuándo, y qué hacer para llegar a lo que el hombre eternamente ha buscado: “la felicidad”. Lograr ser feliz no es el placer efímero que se les propone, sino una existencia con sentido. Si esta existencia tiene sentido no se logra con la droga, no se consigue con violencia o atropello, recordando que el placer de hacer con vocación una tarea necesariamente implica esfuerzo.

“Yo no quiero ser modelo” nos dice un adulto, pero.....los niños y los adolescentes nos miran.

Lic. Esperanza Abadjieff